

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

 Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 peseta  
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »  
 » Extranjero » . . . 1'50 »

## Á ALOMAR

La tontería humana ofrece base y fundamento para muchos y grandes encumbramientos.

Es lástima que así suceda, pero sucede. Lamentémoslo, trabajando al mismo tiempo para evitarlo.

No sabemos si Alomar es ambicioso; si lo fuera, se encumbraría.

La masa que le aplaudía el domingo tiene más firmes los hombros que el cerebro y puede elevar un caudillo más.

Oyendo ó leyendo á Alomar nos ocurre preguntarnos: ¿qué pensaría y diría Alomar si en vez de ser mallorquín fuera manchego?

Si cada uno de los ocaionistas del domingo se hiciera esta pregunta, de aquella enorme y pesada conferencia pronto no quedaría ni el recuerdo.

Por desgracia, no haciéndose la pregunta, no ha lugar á la respuesta, y hay todavía catalanismo para embabiecar á mucha gente.

Veamos ahora, con la conferencia impresa á la vista, qué dijo Alomar que pueda interesarlos sobre el tema *Negacions y Afirmacions del Catalanisme*: (Aunque dicho en catalán, lo pondremos en español; no, en castellano).

«El momento no puede ser más favorable para que un hombre consciente de su trabajo se constituya en núcleo de una nueva concentración. Su programa sería éste: reinvindicación del catalanismo para los obreros; es decir, no que el catalanismo haga en su favor la conquista de los obreros, sino que los obreros hagan de la del catalanismo, entendiendo por catalanismo la representación de la voluntad colectiva de Cataluña: Que los obreros digan: *el catalanismo somos nosotros*.»

Creemos hacer un favor á Alomar, á quien tenemos por hombre de buena intención, diciéndole que ha llegado tarde; que si ha visto que muchos obreros van á la Casa del Pueblo á formar masa lerrouxista; si no pocos van al Patronato de San José y á dar público á eso que con el nombre de Semana Social se ha representado en el Palacio de Bellas Artes; si todavía puede haber número suficiente para *pampolitar* (nos agrada también inventar palabras) ante el *Pampolitismo* (palabra derivada de... *Pamplina*, inventada por Alomar), con los obreros que piensan, con los exceptuados de toda masa, con los futuristas conscientes no puede contar ningún caudillo: esos no van con Lerroux, ni irán con Alomar, ni menos con el obispo: porque, hartos de *Sic vos nom vobis* (trabaja para otros), como dijo Virgilio y repitió Alomar el domingo, quieren trabajar libremente para sí y para todo el mundo en hermosa y racional comunidad, no para la explotación burguesa, y son, no catalanistas, ni tampoco se aplicarán la ridícula calificación de *pampolinitas*, porque desde la Internacional son cosmopolitas, y trabajan por la emancipación de los trabajadores en todo el mundo civilizado.

Obreros catalanes llevan la voz emancipadora en la prensa obrera y en las reuniones públicas y sociales de las Américas, de muchas ciudades de Europa, Asia, Africa y Oceanía, y esos obreros, antes se harían ciudadanos de Lilibut que de Pámpolis.

Ahora copiamos sin traducir: *La feina nostra tentat d'esser (y d'upto que ja faguem ferla...)* prescindimos del resto para exponer la duda que nos asalta al leer la exposición de esa duda: ¿Quién sabe si con tanta originalidad y tanta pureza pampolinita resulta al fin que Alomar es un imitador de Costa, quien juda de los españoles como Alomar de los catalanes? ¿Si será también el extra-superhombre que no se merece la humanidad, ni España, ni Cataluña, siendo la voz del que clama en el desierto? ¿Y si todo ello no pasara de una *pose* simiesca?

¡Ah! ¿Cuánto ganaría la humanidad y Alomar si este redentor hubiera nacido en aquel lugar de cuyo nombre no quería acordarse aquel castellano célebre. Sin la preocupación catalanista, sería un poeta de veras, no un continuador de aquel Rubió maniático, que ensanchaba Cataluña más allá de la extensión del mundo real, y quería que Sans fuese Jerusalén, que el Ebro diese nombre á los hebreos y que desde el Tibidabo tentase Santanás á Cristo. De donde resulta que hasta en lo del pampolitismo tuvo Alomar un antecesor

## El origen de la esclavitud

La esclavitud, toda la esclavitud lo mismo política que social descansa en el principio religioso: *la fe en un Dios que gobierna el*

*mundo*. La religión quiere ser un único sistema, y todo lo explica históricamente. Ella sabe por qué el mando fué creado, por qué alumbra el Sol, conoce el genio que lo mueve todo sabe de un modo cierto y positivo el origen de todo lo que nos rodea y su ciencia tiene como principio la existencia de un Dios creador y director del Universo. Admite que la fuerza no es tal fuerza, sino efectos de una voluntad ó de un pensamiento superior á la Naturaleza. Todas las plantas, todos los animales, todas las criaturas se presentan al hombre como signos del lenguaje personal de Dios; si se pide al cielo el destino oculto de las cosas, aparece enseguida una intención diversa en todos los seres. La vida de los astros, la configuración de las flores, de los animales, el curso del tiempo, todo, todo es interpretado bajo el aspecto de los instintos, de los placeres atribuidos al genio que rige el mundo; poco á poco la idolatría unida al gran número de hipótesis y conjeturas, transforma la Naturaleza material en otra completamente imaginaria; la Naturaleza ya no vive más su vida. Dios se apodera del alma de todos los seres.

Los hechos reales deben dejar el lugar á los milagros. Los ídolos son un prodigio y un prodigio toda su vida; ellos disponen de los astros á su antojo y á su antojo mueven todos los elementos y de esa manera se enseñorean. Sujeto á las ficciones, el hombre, debe invocar y adorar á Dios. Responde á las invocaciones, á las peticiones, á las adoraciones: He ahí el milagro. El milagro hace que entremos en relación con él, y surge la revelación sacra, que se empieza á formar. En ocasiones nuestra acción se obstaculiza y el hombre creyente trata de modificar el curso del tiempo, la serie de desgracias que sufre con las invocaciones, las peticiones y las abstenciones. Entonces apela á los exorcismos, á los amuletos, á los círculos mágicos y á todas las ceremonias religiosas, y el milagro, casi siempre surge, influyendo sobre la Naturaleza y sobre sus fuerzas ocultas. El círculo natural de las cosas es casi siempre el círculo fantástico.

La fe en los milagros crea la tradición sagrada. ¿Creéis en los milagros? Si escribís vuestra historia será una historia de milagros, una reseña mezclada de fábulas. Dios interviene en la historia de los hombres y por lo tanto es necesario atribuirle el bien, el mal, las victorias, las derrotas, las carestías, la peste y las inundaciones; el coraje que hace revivir nuestras fuerzas, el miedo que las suprime, la inspiración que ilumina al genio, las convenciones que elevan á la humanidad. Si Ulises es astuto, conforme á la fe en lo aconseja; si Hector teme frente á Aquiles, es porque Marte le mete el miedo; son los dioses que construyen las ciudades y que dictan las leyes: la Musa dicta á Homero *La Ilíada*; un Dios inspira Walmiky para que escriba *Ramayacha*; Eulides pone sus libros de geometría en el templo de Delfos. Se hace á Dios autor de muchas obras. La tradición, esta reseña fabulosa de obras humanas se hace *sagrada*: con el correr del tiempo se atribuye á Dios el origen de la sociedad y de las leyes; se diviniza nuestro destino, y el sistema social se transforma á nuestra mente fuera de nosotros, en Dios. Dios tortura la razón.

La autoridad es el resultado de la revelación sobrenatural. La tradición, el libro sagrado, las fábulas expresan á la voluntad irresistible de los dioses; es necesario obedecer, es necesario velar porque las leyes sean observadas. He ahí el sacerdote. El hombre ha transformado su razón fuera de sí, al cielo; es necesario que otro se la imponga; está perdido para salvarse, necesita de otro; se ha hecho esclavo de sus ficciones, reconoce la necesidad de un amo. El sacerdote es el apóstol que traza las líneas que dan vida á las ciudades, ordena los rezos, los desayunos, las maceraciones del cuerpo; el sacerdote resulta el ministro de un Dios, que provee todas las necesidades del hombre; es la razón de las razones. Nada puede cambiar sin su permiso: los dioses ocupan toda la Naturaleza; el hombre no puede vivir de otra manera que interpretando de continuo las leyes ocultas que gobiernan los elementos no puede creer en sí sin antes haber consultado su ficción. Resulta, entonces, que la razón sola es nula porque la autoridad le prohíbe pensar libremente recomendándole serenidad; ella sacrifica toda libertad como toda rebelión, toma la razón natural como un atentado contra el reino de Dios, contra la humanidad, que no está con nosotros, sino en el cielo.

La dominación del hombre sobre el hombre es la última consecuencia de la revelación divina. Los ídolos, los dioses vivos,

apasionados, exigen que se les respete, que se les venera, que se les obedezca; es conveniente adivinar su voluntad y adorarla. En otros términos, los ídolos son los reyes del cielo y de la tierra y consagran así el principio de la dominación, es decir, de un gobierno del que solo se aprovechan los gobernantes. Con su influencia, los ídolos se aprovechan de su dominación: ¿no protegen á sus oradores? ¿No acuerdan los favores á los siervos mas devotos? Si hay un ídolo, hay un hombre favorito; y los favoritos del patrón del cielo serán necesariamente los amos en la tierra: los electos del Hombre-Dios, los electos de la humanidad alienada y transportada fuera del hombre, serán los señores del hombre, que abandonan su razón y se transforman en *cosas*. Entonces queda constatado que los milagros fortifican la dominación del hombre sobre el hombre; le hecho el milagro es un favor, un privilegio, suspende las leyes del Universo para proteger á un rey, á un sacerdote, á una casta, á un pueblo elegido; el milagro es esencialmente excepcional y diré casi aristocrático. Aquellos, que lo rechazan, aquellos que lo ignoran, aquellos que lo niegan ¿no son legalmente degradados y no están fuera de la razón universal? De la degradación á la esclavitud en teoría no va mucha distancia y en la práctica? La esclavitud política y social tiene su origen en el principio religioso.

JOSÉ FERRARI.

(De *La Filosofía della Rivoluzione*).

**¡Qué contraste!—Mientras en la Rambla de Barcelona y durante una semana andan á trompazos radicales y carlistas; mientras el ayuntamiento de Barcelona se convierte en plaza de toros por la actitud de radicales, unionistas y catalanistas, los diputados catalanistas, unionistas y radicales, en Madrid, unidos en asqueroso consorcio, firman juntos una proposición pidiendo 25 pesetas de dieta.**

**Ante el interés, los diputados, no encuentran diferencia.**

**¡Cuánta farsa!**

**¿Hasta cuándo, pueblo, hasta cuándo?**

## Guiñapo humano

Levantó la cabeza, temblorosa y cana, y sus ojos seniles de inexpresiva mirada, me enseñaron en el fondo de sus pupilas cansadas las etapas incoloras de su vida de esclavo.

Sentado al borde del camino, por la sombra de un árbol, tosían desesperadamente sus roncacos pulmones, mientras que su cuerpo huesoso amenazaba desarmarse con la fuerza de las sacudidas violentas que le producía cada golpe de tos.

En las treguas que la tos le diera, sus labios marchitos me repitieron la historia que sus pupilas cansadas me habían dicho.

Llegó al mundo cuando todo estaba repartido entre los detentadores de la propiedad, sin más patrimonio que un fardo enorme de prejuicios y atavismos, y una constitución vigorosa que desde su pubertad le conquistó la distinción de los patronos, viendo en él un hermoso ejemplar explotable de productor.

Su cuerpo vigoroso era una llave mágica que le abría fácilmente las puertas de los talleres y fábricas á las que llamaba en sociedad de trabajo, y se creyó invulnerable á la miseria.

Sus prendas morales, bellas y sanas como su estructura física, le facilitaron hallar una compañera que le dió dos hijas. Aquella fué la única etapa luminosa de su vida, á cuyo recuerdo, de sus marchitos ojos corrieron blandamente dos lágrimas que se perdieron en el matorral de sus bigotes sucios, á la vez que un suspiro largo y macabro, como el estertor de la muerte, fué cortado bruscamente por un golpe de tos.

Las necesidades de su vida aumentaron con relación al aumento de su familia; pero su jornal no aumentó. Bien por el contrario, la concurrencia de brazos desocupados produjo la inevitable rebaja de salarios y el encarecimiento de la vida.

Procuró salvar á los suyos del naufragio económico trabajando horas extraordinarias. Luchó desesperadamente, rabiosamente, incansablemente...

—¿Para qué?—me decía.—Todo fué inútil. Enfermé; fui llevado al hospital. Mi compañera, luchando como yo heroicamente contra la miseria, durante mi enfermedad, me halló aún en el hospital cuando ella fué llevada á su yez.

—Después—prosiguió, luego que hubo cobrado aliento para ello,—cuando al fin de largos meses de estar enfermo recobré mi libertad, fuera de aquel presidio de la caridad burguesa, me encontré... ¡oh! me encontré...

Y sus descarnadas manos de piel amarillenta, oprimían su mártir corazón, que quería estallar al solo recuerdo de su hija, la mayorcita, que entonces contaba escasamente catorce años, prostituyéndose en los brazos de los hijos de sus patronos, para salvar de la miseria y el hambre á la pequeña hermanita.

Fué el desastre.

Su cuerpo maltrecho y gastado á fuerza de trabajar, ya no tentó la codicia de los patronos, y, más que llave, fué un cerrojo que le interceptó la entrada á las puertas de fábricas y talleres.

Y ahora, cansado, destrozado de cuerpo y alma, hecho un guiñapo humano por tanto producir riquezas para otros, sin un trozo de pan que llevar á su boca trémula de hambre, se encaminaba al Asilo de Ancianos, donde la piadosa caridad burguesa explotaría los últimos restos de su senil energía, á cambio de una pésima pitanza y un podrido jergón.

E irritado contra la maldita miseria que me impedía ayudar á aquel hermano caído, y abastecido de mayor odio contra la canalla dorada que prohija tales iniquidades, proseguí mi camino á la fábrica, llevando grabada para siempre en mi memoria la imagen de aquel guiñapo humano, sentado al borde del camino, por la sombra de un árbol, cuyos roncacos pulmones tosían desesperadamente, mientras que su cuerpo huesoso amenazaba desarmarse con la fuerza de las sacudidas violentas que le producía cada golpe de tos.

ENRIQUE FLORES MAGON

## ¡Si nos dejaran sembrar!

Para el espíritu observador y ávido de hallar en las acciones humanas, en los múltiples y variados conflictos de la vida diaria un motivo, un argumento con que consolidar más los ideales emancipadores que sustentan, á la par que demuestre claramente la injusticia de la sociedad actual, por doquiera que dirija la mirada hallará materia abundante para sus afirmaciones, las cuales, basadas en el análisis de los hechos, son á veces más convincentes y eficaces que la mayoría de frases retóricas que no logran esclarecer lo que se proponen demostrar.

Días pasados publicó el *Heraldo de Madrid* una crónica, con el título que encabeza estas líneas, relatando una escena presenciada en la estación de un pueblo de Andalucía. Un grupo numeroso de hombres, mujeres y niños, que lloran desesperadamente, asalta los coches del tren que ha de conducirlos al lugar donde poder embarcarse, con rumbo á Buenos Aires.

El hecho no es nuevo, pues lo presenciaremos casi diariamente, en muchos puntos de España, por no decir en todos. Pero si bien no es nuevo, es lo bastante doloroso y humillante para que fijemos en ello, siquiera un momento tan solo, nuestra atención.

Escuchemos lo que dice un espectador de aquella escena, dirigiéndose al autor de la citada crónica: «Mira usted á los emigrantes? Da pena verlos? Van á embarcarse en el vapor «Cádiz» que sale uno de estos días para Buenos Aires. Pues esto que usted ve pasa aquí todas las semanas. Aquí y en toda Andalucía. Mire, señor: yo tengo cinco hijos y primero que dejarlos trabajar en el campo les rompía el alma. Dos ó tres reales diarios les dan á los trabajadores y los avios para el gazpacho. Así es que ni comer pueden. Por eso se van todos, todos...»

Y esta tierra es riquísima, riquísima. Sólo este término daría trigo para toda Andalucía. Pero no siembran ni dejan sembrar. Todo es de cuatro ó cinco señores de Madrid, que no vienen nunca, que dejan las tierras años y años sin trabajarlas para criar reses ó para cazaderos.»

Estas palabras, impresas en un diario nada sospechoso como es el *Heraldo*, son todo un mundo de argumentos para nuestras ideas.